

MISA VOTIVA DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

Jubileo G. Andreu Soler

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

13 de julio de 2007

Ef 1, 3-6. 11-12

Nuestra Eucaristía de hoy, queridos hermanos y hermanas, tiene una característica particular. Unimos a la acción de gracias de la Iglesia por el misterio de Jesucristo, el agradecimiento de nuestro G. Andreu Soler por sus 50 años de profesión monástica. Nos unimos a él, los monjes que somos su familia espiritual, sus familiares y un gran número de amigos, así como todos los que habéis subido a Montserrat para participar en la Eucaristía Conventual.

Celebramos este jubileo invocando la protección de Madre de Dios, Señora y Dueña de Montserrat. En este lugar, ocurre continuamente una prolongación de la Visitación que nos ha narrado el evangelio. En esta *montaña*, María visita a todos los que suben con fe o con una actitud sincera de búsqueda; se hace enconadiza de aquellos que vienen distraídos y casi sin saber si están en actitud de búsqueda, si creen o no. Y a todos les ofrece su Hijo. De manera que en esta perenne Visitación que es Montserrat, resuenan de muchas maneras aquellas palabras evangélicas de santa María referidas a su Hijo Jesús: *haced lo que él os diga* (Jn 2, 5). Tal como lo hizo ya en su vida mortal, María no se queda nunca centrada en ella misma, siempre ofrece a Jesucristo. Y quien se encuentra con Jesucristo, se encuentra con el plan divino de salvación. Es decir, con el plan divino de liberación integral de las personas ofrecido a toda la humanidad; un plan que hace posible la plenitud feliz de cada ser humano que lo acoge.

Precisamente, este plan nos ha sido presentado sintéticamente, pero con toda su magnificencia y profundidad, en la segunda lectura de esta celebración. La carta a los cristianos de Éfeso empieza con un gran canto de alabanza y de acción de gracias por el plan divino de salvación, que despliega a lo largo de la historia la gracia divina en favor de la humanidad. Este canto del cual hoy hemos leído sólo una parte, bendice a *Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo* porque ya antes de *crear el mundo* ha pensado con *amor* en cada uno. Y nos ha pensado en relación con Jesucristo, para unirnos a su filiación divina. *El nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya*, dice el himno. Por eso, para corresponder a la dignidad de hijos, ya desde antes del origen del universo, el Padre nos ha llamado a ser *santos e irreprochables ante él por el amor*.

El don es gratuito y la manera de hacérselo nuestro en nuestra condición de pecado, también. Efectivamente, como, a causa de nuestra naturaleza débil y desorientada, no podríamos vivir de acuerdo con este llamamiento magnífico de nuestro Dios, la Santa Trinidad nos ofrece la posibilidad gracias a la obra salvadora de Jesucristo. Todavía, pues, nuestro agradecimiento tiene que ser mayor, porque a la llamada ya de por sí maravillosa, se añade la gratuidad de la liberación por medio del itinerario pascual de Jesucristo; ésta es "la admirable condescendencia de la bondad" divina, la "incalculable predilección" con que Dios nos ha amado (cf. Exultet de Pasqua).

La liturgia, al contemplar las palabras de este canto de bendición, piensa en primer lugar en Santa María, por eso lo lee y lo canta en sus fiestas y solemnidades. Desde antes de crear el mundo Dios la había elegido para ocupar un lugar privilegiado en la plan divino. La había elegido para que fuera la Madre del Mesías, el Cristo. Y por eso la hizo santa, irreprochable, a sus ojos. Pero el himno canta también el plan de Dios sobre nosotros. Expone nuestra realidad de bautizados y la realidad a la cual están llamados todos los hombres y mujeres del mundo. Por eso la Iglesia, no sólo proclama este himno de acción de gracias en la liturgia de las celebraciones marianas sino que cada semana lo pone en labios de los fieles como cántico de alabanza. Lo hace porque bendicimos a *Dios, Padre de nuestro Señor a Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales*; lo hace para que alabemos *la grandeza de los favores que el Padre tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo*. El himno abre nuestros horizontes y nos presenta un plan universal: todo el mundo viene a la vida en función de Jesucristo, todo el mundo es llamado y todo el mundo puede ser rescatado de su situación de fragilidad y de pecado para llegar, como santa María, a disfrutar de *la herencia*

eterna.

En este plan entra la vocación particular que, en la Iglesia, Dios da a cada uno en bien de todo el pueblo de Dios. Concretamente, los monjes, en nuestra vocación de alabanza, no dejamos de glorificar a Dios y agradecerle este plan de amor en favor de toda la humanidad que sobrepasa todo lo que podemos comprender. Y, además, queremos ser testigos en el corazón de la Iglesia y delante de nuestros contemporáneos. Por eso tenemos que procurar que nuestra vida concuerde con nuestra voz, también cuando canta este himno de la carta a los cristianos de Éfeso (cf. RB 19, 7). Tenemos que trabajarnos para que la filiación divina que hemos recibido en el bautismo y que hemos renovado en la consagración monástica vaya transformando nuestra pequeñez y nos vaya identificando con Jesucristo.

Hoy, como decía al principio, nos unimos a la acción de gracias del G. Andreu por *la grandeza de los favores que Padre le ha concedido en su querido Jesucristo* y por tantos ámbitos en los cuales ha testimoniado el amor de Dios, primero en su Lloret natal y después, en tanto que monje de nuestra comunidad, con tantas actividades y colaborando con diversas instituciones. El G. Andreu sabe que la Madre de Dios desde este trono de Montserrat le ha sido solícita a lo largo de estos 50 años de vida monástica. Es consciente, también, de que el ideal cristiano y monástico siempre se encuentra más allá de lo que uno vive cada día. Por eso en esta celebración jubilar ha querido hacer suyas unas palabras de Rabindranak Tagore que toman toda su plenitud leídas desde la perspectiva cristiana: "Cuando sean pulsadas todas las cuerdas de mi vida, Maestro, cada roce de vuestros dedos, hará vibrar la música del amor" (cf. Recordatorio). El monje se sabe un instrumento en manos del Señor y quiere dejar que el Espíritu Santo haga vibrar todas las cuerdas, a pesar de las resistencias humanas. Así su vida se puede convertir en un canto de amor. Y cuando la obra divina haya llegado a su término y todas las cuerdas hayan sido pulsadas sin resistencias, la música que el monje ofrecerá será toda divina y el plan amoroso de Dios se habrá cumplido en su hijo "limpio de vicios y pecados", según la expresión de san Benito (cf. RB 7, 70), porque se habrá identificado ya con Cristo.

Mientras avanzamos hacia esta plenitud, la Eucaristía nos va insertando en este plan divino de salvación.